



Ha Muerto

el Poeta de Buenos Aires

Por Angel Rama

El 14 de agosto pasado se murió en su ciudad de Buenos Aires, su entrañable poeta: Raúl González Tuñón. Tenía sesenta y nueve años y estaba preparando, en previsión de la gran fiesta que le harían sus amigos al cumplir los setenta en marzo de 1975, una antología que recogiera una obra tan larga y tan desperdigada en el tiempo como había sido la suya. Esa Antología Poética, es la que ha publicado ahora la Editorial Losada, con una semblanza de Elvio Romero y ella es un chorro de alegría y de verdad.

Son cuarenta años de poesía, desde aquel inicial libro adolescente, El violín del diablo (1926) hasta ese último, La veleta y la antena (1971) donde vuelve, tercamente, a pregonar su amor impudico por su propia ciudad, por sus calles sus gentes, sus esquinas:

Buenos Aires, yo amo tu aire impuro y puro
que inspiró largamente mi verso impuro y puro
a la luz de la estrella del bosque de ladrillo.
Te caminé, te di, te bebí, te canté

Si es un misterio ese amor por la ciudad que Buenos Aires despertó en tantos poetas y narradores argentinos, si es el caso único de una ciudad cantada, urgada, manoseada por el verso, el tango, el cuento el sainete, como quizás no haya otro ejemplo en América Latina, dentro de esa unanimidad ocupó un puesto de honor Raúl González Tuñón. El definió el arte nuevo que irrumpió en los años veinte, hijo de esa sociedad de aluvión que se había hecho nacional, sociedad de artesanos y empuñadas mujeres de clase media, de trabajadores rudos con corazones sensibileros, de hijos de italianos y gallegos que hablaban con el "vos", bailaban tango, votaban tumultuosamente por Frigoyen, bebían mal vino, reían con fuertes dentaduras, devoraban la res a la parrilla y lloraban porque las hembras los engañaban.

Por esas gentes fue bautizado el poeta adolescente que caminaba por "la calle del agujero en la media" en esa época en que los líricos escribían poemas "para ser leídos en los tranvías", se pasmaban con las motocicletas y aullaban "gol" junto con todos los compañeros en los estadios de fútbol. A esa agua bautistral fue siempre fiel. A nadie sorprendió cuando la lucha universal contra el fascismo escribiera los duros poemas de "La rosa blindada", los estremecidos de "La muerte en Madrid" y que empuñadamente contribuyera a una lucha que era suya, con las "Canciones del Tercer Frente". El queda-

rá como nuestro poeta popular y antifascista, nuestro Whitman de bolsillo, sin arranque heroico y más bien con humor, con calor de prójimo, con voz de manifiesto que enronquece voceando sus divisas.

Desde 1957, con la aparición de "A la sombra de los barrios amados" había vuelto a recuperar, ya a través de la nostalgia y la idealización, el universo urbano de sus primeros años: "El llamador de bronce de mi casa llama hoy a la puerta del olvido" decía con suave voz, casi un lamento, mientras contaba del barrio del Once, del farol a gas, de los muros leprosos, del cementerio de los tranvías, de las cajitas de música de antaño. Ese tono sencillo, desnudo, casi proletario, siempre ha tocado en mi el resorte de la emoción y no puedo leerlo sin vivirlo. No soy el único: sin él queriendo ha creado una ancha escuela de poetas que han señalado el derrotero de la poesía joven rioplatense, pero también de mucha de la que han practicado los chilenos, los cubanos, los puertorriqueños.

Para todos ellos, como para mí, es una piedra de toque aquel primerizo poema suyo surgido de las máquinas de postales que se manejaban echando una moneda en la ranura y que provocaban la concurrencia de una muchedumbre deslumbrada en el paseo de Julio de Buenos Aires; era la modernidad, el cinetismo de la época, el movimiento, la osadía de los temas (porque junto a los paisajes exóticos también venía la pornografía) y era la posibilidad de soñar un momento haciendo una pausa en sus vidas de duros trabajadores. Ese poema hay que ponerlo en torno a la cabeza de Raúl González Tuñón, como ese halo de neón que circunda a Carlos Gardel en tantos "boliches" del culto tanguero. Para que nadie se lo olvide:

A pesar de la sala sucia y oscura
de gentes y de lámparas luminosa,
si quiere ver la vida color de rosa
eche veinte centavos en la ranura.

Y no ponga los ojos en esa hermosa
que frunce de promesas la boca impura.

Eche veinte centavos en la ranura
si quiere ver la vida color de rosa

El dolor mata, amigo, la vida es dura,

y ya que usted no tiene ni hogar ni esposa,
si quiere ver la vida color de rosa
eche veinte centavos en la ranura.